

OCIO Y FIGURA HASTA LA SEPULTURA

Capítulo VI
de nuestro folletón por entregas



1.—Paris, 1873.—No es por nada, pero una densa niebla cubre la ciudad y el corazón de los exquisitos. Uno de ellos, el Conde D'Armagnac por más señas, se aburre como un extranjero en Torremolinos. «No sé por qué —murmura entre dientes— me parece que si no hago una barbaridad...



2.—... para desahogarme, me van a sentar mal las ostras del desayuno». Dicho y hecho. En la calle tropieza con un joven atolondrado que escribe groserías en las paredes. «¿Qué estás escribiendo ahí con tus sucios dedos?» —pregunta el Condesito—. «Viva la lib...».



3.—Apenas pudo continuar el infortunado. D'Armagnac, agarrando al joven polígrafo por donde más pecados había (es decir, por el brazo de escribir), le increpa una bofetada que le tumba con el resto de la frase entre los dientes.



4.—Pasa más tarde el Conde a palabras mayores que dejan exangüe al escritor de aceras e impolutas murallas, quien muere sin haber podido completar la frase que le llevó al sucumbimiento: «Viva la libélula, vulgo caballito del diablo». Descanse en paz el pobre entomólogo.



5.—Más tarde el Conde visita a su amante Margarita, sencilla modistilla que lee un Dumas de bolsillo a plazos. «Infame —grita el impoluto, hijo de impolutos por consiguiente—. ¿Qué haces ahí en la cama acompañada de no sé quién?».



6.—«¿No sabes que a estas horas las mujeres honradas deben estar viendo la televisión?». Trata la sencilla de contestar del Conde los improprios, pero es en vano. El infame Conde le cierra el grifo para impedirlo. «Mujer objeto eres —dice— y...



7.—... como mujer objeto perecerás. ¡Entreábrete las sayas, relajada!». Sigue el período sus andanzas. Visita al resto de sus amantes. Una tras otra, todas van muriendo de afonías estranguladas. El Conde se siente mejor después de sus justicieras acciones y...



8.—... ya no le pesa tanto haber perdido su fortuna: jugando a la brisca con su señora madre, la Condesa. A pesar de todo, por las avenidas, mientras se dirige al café, canta un himno, abofetea a un anciano, lo limosnea después, lo empadrona y da delicados saltos ascendentes preparándose...



9.—... para su definitiva ascensión hasta los cielos. Llega el Condesito al café e informa a D. Luis Mejía del número de almas que ha desinfectado en aquel fin de semana. D'Armagnac vence. La mayoría se irrita porque había puesto una X en la quiniela.



10.—Al filo del amanecer sienten los justicieros la nostalgia del hogar cristiano. Se despiden prometiéndose mayores perfecciones. Paris duerme. Los pasos de los impolutos resueñan por la avenida Huysmann. Afortunadamente aún no hay tráfico y los barrios laboriosos están en las afueras.



11.—Cuando el Condesito llega a casa, su amante matrimonial le espera. «El niño tiene las caquitas feas —solloza—. ¿Sabes el color de los olivos jienenses cuando en verano el sol andaluz dora sus frutos?». «Sí» —contesta D'Armagnac—. «Pues de ese color son las...



12.—... caquitas de Carlitos». El Condesito D'Armagnac cae delante de sus propias rodillas. «¿Qué he hecho, Señor, qué he hecho yo para merecerme esta tortura?», musita. Se sobrepone al fin. «A ver —inquiere con entereza—, ¿dónde has puesto las caquitas esas?...».

(CONTINUARA)